



En un descuido de lo imposible

Enrique González Rojo

EN UN DESCUIDO DE LO IMPOSIBLE

Nueva antología poética de **Enrique González Rojo**
Arthur

Ensayo sobre el poeta de Federico
Patán

Octubre 2013

Preparada por Alicia Torres Ramírez y el autor
Octubre de 2013

Para Federico Patán

VIDA Y OBRA DEL ESPACIO

A Guillermo Tovar de Teresa

No es verdad que el espacio
sirva como lugar en que se citan
oquedades, rendijas, intersticios
celebrando el congreso de la nada.

No es el telón de fondo
donde hay algo que salta y representa
ademanos de ser, gestos de cuerpo.

No es tampoco un vacío donde aflore,
con el solo habitante de la asfixia,
el único rincón en que la historia
no puede respirar.

Hay espacios que nacen, que gatean
con sus tres dimensiones. Espacios que se yerguen,
sumándole agujeros a su hueco,
hasta la edad madura del abismo
—donde está siempre el vértigo asomado—
o hasta esbozar un ámbito que abarque
desde tu boca abierta hasta los cráteres
que se abren en la luna.

Hay espacios amantes, cuyo coito
—logrado al presentar el pasaporte
que goza de la visa de la entrega—
extraditan sus límites y acaban

con el crónico mal del que adolecen
las naciones, enfermas de frontera.
Hay espacios ya graves: el derrumbe
que amenaza la mina lo demuestra.
Hay espacios que nacen, viven, crecen:
se reciben de tiempo. Son espacios ancianos,
a un paso ya muy niño de la muerte.
Modelado de historia y de materia,
el espacio requiere de su biógrafo
que arroje las leyendas y lo trate
como hermano de todos en el tiempo,
nativo del gerundio y compatriota
de todo lo que se halla,
si olvidamos la efímera existencia,
a una cuna tan sólo del sepulcro.

ACTA DE NACIMIENTO

Yo, señores, nací con la herencia
de no sé cuántos líricos genes.
De poetas soy hijo, soy nieto.
Genealógicas ramas maduran
la presencia de varios plumajes
en que un cántico fénix transmigra.

Como estoy hace tiempo cantando,
más aún, desde que era mi abuelo
o mi padre yo mismo, querría
a las hojas en blanco y anémicas
transfusiones de tinta donarles
al través de venosos renglones,
y lograr que se alzara un poema
sobre el día en que advine a mis ojos,
a mis piernas, mis brazos, mi sueño,
y aumenté, con mi grano de arena,
las preguntas de toda mi tribu.

Si nací hacia el final de los veintes,
cada cinco de octubre celebro
el cumpleaños que sufre mi angustia.
Pero sé que hubo un día lejano
en que yo era un proyecto, una sombra
—ideal, no de carne y de beso—

que después fecundaron a oscuras
los viriles espermas del tacto.
En los ojos se me hizo un pupitre
de preguntas. Y abrió su cuaderno
ignorante mi frente, tendió
su inocencia de página en blanco
de una sien a otra sien, su propósito
de archivar sus primeros asombros:
no sé quién en mi cuna una tarde,
balanceando a dos manos mi mundo,
me ciuló sus miradas atentas
y le dio, al parpadear, a mis ojos
su primera lección astronómica.
Ni sé quién, la sonaja agitando,
me condujo al estreno del ruido,
y enseñó, con tal larva de música,
a mi oído sus pasos primeros.

Vi la luz en lo oscuro. Las doce
Madre mía, engendraste un fantasma
que al tomar de tal modo conciencia
de sí propio se muere de miedo.

Se temió que naciera asfixiado,
que mi cuerpo viviente cargara
a la espalda nonatos pulmones,
que, a un descuido, me diera la puerta
giratoria del ser, la salida

en lugar de obsequiarme la entrada.
Mas, partera de manos gaseosas,
en mi auxilio la atmósfera vino,
e inició mi pulmón su primera
bocanada de ser y de tiempo.

En el viaje hacia mí, fui marino
que abandona su mar de placenta;
animal proveniente del agua,
desembarco mi ser en la vida,
y, Colón de mí mismo, me palpo,
piso tierra, mi arcilla animada,
nuevo mundo por fin descubierto.

A MI HIJO MENOR

Para Bertha Lujan y Arturo Alcalde

Qué angustia siento al advertir que vienes
heridas y sangrando las rodillas
de la desobediencia,
y que sobre la rama tu descuido
maduró hasta volverse una caída.
Pero el regaño queda amordazado,
como el pararse en seco de un arrollo,
al oír que preguntan tus nueve años
por lo que tú podrías ser mañana.

¿Que qué podrías ser?
Podrías ser el médico que lleva
dentro del maletín ignoro cuántas
veladas de café y anatomía,
para salirle al paso a la fatiga
de los latidos pálidos, producto
de un corazón que incluye leucocitos
en sus palpitaciones; y podrías
ir sembrando en el vientre o las espaldas
del enfermo preguntas
para diagnosticar
qué sombra está cruzando por su entraña.

Aliado de Cranach o de Picasso,
si fueras oculista, devendrías
la enfermedad más grave
que contraer pudieran las tinieblas.
Y la noche, maltrecha,
tendría que esconderse en uno que otro
rincón para lamerse las heridas.
Para segar también los desvaríos
que encarnan surrealismos en la mente,
psiquiatra, enyesarías
las almas fracturadas, las neuronas
que pierden la cabeza.

¿Que qué serás de grande?
Podrías ser filósofo y sufrir
jaqueca metafísica.
Buscando luz más luz en Spinoza,
Parménides o Hegel,
podrías encontrar únicamente,
tras de quemarte tanto las pestañas,
los negros kilovatios de la noche.
Pero también podrías descubrir,
con pupilas de aumento, con miradas
de contacto infinitas, los raudales
de luz medicinal, a donde puedes
hacer que se sumerja la miopía.

¿Qué desearías tú? ¿Ser el poeta

que tiene la maestría
de hallar una palabra que perfuma
todo un libro? ¿la voz
que coloca en la mano mendicante
de un vocablo la joya de un epíteto?

Tus poemas podrían ser tan altos
que hicieran alpinista la lectura,
y desde ahí, en el pináculo del verso,
brindaran, al que arribe
con su pulmón a cuestas y jadeando
su anhelo de aire puro,
un recital de oxígeno.
Poeta, instalarías
trampas para cazar
las mejores metáforas.
Y después dejarías que cayeran
de tu fronda los versos ya maduros
para ser picoteados...

¿Que qué podrías ser?
Quizás el arquitecto que conspira,
desde que la obra cumple
sus primeros adobes, contra el frío
que los cuerpos intentan sacudirse
a fuerza del temblor que los domina.
Al alzar las viviendas dejarías
por fin desmoronada la intemperie

y hablando solo al viento.

¿Qué podrías ser tú? Tal vez un músico
que en toda pieza creara algún concierto
para emoción de público y orquesta.

Si, director, sabrías orquestar
el supremo homicidio del silencio
exaltando las notas
a las proximidades en que el grito
vomita por completo sus entrañas
de sonidos o haciendo del conjunto
solamente un pianísimo de cola,
música tan pequeña
que con sólo una astilla de batuta
podría dirigirse.

¿Qué has de ser cuando crezcas?

Biólogo, estudiarías
los gérmenes primarios, las millas de misterio
en un solo milímetro de vida.

Al ver la evolución de las especies
animales, sabrías por qué el hombre
se duerme de un lirón toda la noche.
Frente a los rascacielos de la mente,
si eres naturalista, no podrías
dejar en el olvido la química del sótano,
las raíces de cieno
de todo ser fantástico que viva

tomando cucharadas de ambrosía.

¿Qué habrás de ser de grande?

¿Serás quizás pintor?

Tu talento podría

inducir a los ciegos

al suicidio, si tu dibujo fuese

tu huella digital desmadejada

y al color le otorgaras carta abierta.

¿Serás acaso geómetra,

poeta que trabaja

con el piso más alto del cerebro?

Mas así aprenderías

la forma en que se debe

desenredar un punto para hacer

toda la geometría.

¿Que cuál será mañana

tu posesión? Es cierto,

si de la astronomía yo te hablara,

que se halla sin cesar echando leña

a nuestra pequeñez.

Pero si eres astrónomo podrías

tomar el infinito por los cuernos,

y advertir en seguida bajo el cráneo

cómo el todo se encuentra en una parte.

Puedes ser lo que quieras, inscribirte

en el grado primero de cualquier decisión:
puedes ser un orfebre,
trabajar en las minas, en el campo
o en cualquier dependencia
del sudor de la frente;
pero sé antes que nada
el capitán severo que no deja
que encalle su navío
en cualquiera motín que le desplieguen
sus sentidos a bordo.

Puedes ser lo que quieras; mas prométeme
para serlo, una cosa:

nunca, en ningún momento, nunca,
nunca tendrás tu dignidad arrodillada
frente a aquel que alimenta su estatura
con todos los centímetros que pierden
aquellos que se humillan,
ni estarás con tu puesto en el mercado
a la espera de que alguien
te compre la conciencia.

PRONÓSTICO

Cuando caiga en la calle,
en la esquina de **Furor** y **Emboscada**,
se escuchará de mis labios:
mis hijos, se llegó el momento de su viejo.
Extiéndanme en el piso.
Para morir deben ponerme aquí bajo las sienes
la más mullida de las piedras
y arroparme con mis propios estertores.
Tomen mi báculo.
Guárdenlo en el mismo sitio
en que, dobladas y planchadas,
esconderán mis sonrisas
mis recuerdos
mi terquedad de siempre
y mis debilidades.
Rodeen después mi cuerpo.
Apresen mis manos.
De vez en cuando interroguen a mi pulso.
Y cuando lleguen
con las mandíbulas abiertas
los segundos homicidas
ciérrenme los ojos
y vean cómo lentamente
se me va despellejando el nombre.

INVASORES

El viernes a las cinco a.m. varios individuos
cayeron en cuenta
de que se había suspendido
la ley de la causalidad.
Divisaron al manzano soltar sus frutos,
mas los vieron caer
distráidos,
como copos de nieve.
Sintieron que aunque el viento soplaba furiosamente,
el polvo del camino permanecía impávido,
terco, indiferente, inmóvil.
Las azalias y los tulipanes
crecieron hacia abajo
convirtiendo en cajas fuertes a sus tallos.
En un descuido de lo imposible,
un gato pudo alcanzar su cola.
En un lejano gabinete
un hombre empeñoso
le halló la cuadratura al círculo
y se puso a inflar pequeños globos
para jugar a los dados.
No pocos advirtieron
la indecisión de una llovizna
al quedarse dos horas sin caer a la tierra
aproximadamente a dos metros del piso.

A las doce a.m. muchos se dieron cuenta
que una causa provocaba efectos sorprendentes.
Un carpintero tomó el metro para ir a su trabajo
y se bajó en su adolescencia.
Los perros crecían a cada ladrido
y decrecían al moverse:
perros ya de la estatura de un mastodonte
volvían a su primitivo tamaño al caminar
silenciosamente.
Y perros andariegos
que iban en pos de los cuatro huesos cardinales,
acababan por desaparecer.
Un alambrista pudo deambular en torno del alambre
con sólo un cosquilleo de temor
en los zapatos, mientras la ley de gravedad
gemía,
derrotada,
en un bote de basura.

A las seis p.m. multitudes completas advirtieron
la enorme sucesión de efectos sin causa.
Una muchacha
orgullosa de sus senos como la que más
al quitarse el sostén
comprobó que escondía en su pecho
dos rompecabezas de hijos.
Un asesino enterraba

sólo palabras dulces en su víctima.
En Nueva York, en Moscú y en la ciudad de México
hubo una lentísima invasión de cocodrilos.
Los poetas cambiaban de estilo literario
cada vez que tosían.
Todos los individuos de raza negra
regados por el mundo
vomitaron al iniciarse la noche.
Un profesor de matemáticas que caminaba
tranquilamente por la calle
se detuvo de pronto
asustado por el crecimiento de sus testículos
hasta que, reventando,
salpicaron de números las paredes.
Una mujer, tras de acariciar un gato,
se quedó con una mano ronroneante
y deseos de jugar al ajedrez
con el hombre más triste del mundo.
Dos ejércitos en lucha
suspendieron la refriega
y cada soldado se puso a masturbarse.

A las doce p.m. todos supieron que el mundo
desde aquella madrugada
había sido conquistado
por seres innombrables,
y que después de varias pláticas,
negociaciones,

portazos,
sonrisas
y esclarecimientos
se enteraron de que los colonizadores provenían
de un mundo lejano,
perdido en algún suburbio cósmico,
donde había logrado la imaginación
tomar el poder
por vez primera.

OPTIMISMO

Que ya terminó la historia.
Que ya nos podemos ir a nuestras casas.
Que ya debemos recogernos en la piel de nuestro yo.
Que vivimos en el mejor de los mundos imposibles.
Que ya.
Que ya.
Pienso, sin embargo,
que hay que limpiar de telarañas la hoquedad
del cero. Amueblarlo.
Llenarlo de macetas y de flores.
Dotarlo de vituallas.
Colmarle sus bolsas de pasado.
Y sólo así
comenzar,
nuevamente,
desde él.

EPITALAMIO

Mi lengua en tu pezón
buscando endurecerlo
para ablandar así
tus reticencias.

Mis manos correteando tu blancura.

Mis piernas y tus piernas
intercambiando confidencias
y sudores.

En una palabra,
mis urgencias todas
entregadas a la práctica dialéctica
del desarrollo desigual
y combinado.

EN LA MIRA

¿En qué página,
en qué pared,
en qué palma de la mano
escribiré sobre el poder?
Voy a decir que su ejercicio permanente
es como aquella espuma catíngosa
nacida de los turbios negocios
del agua estancada.
Voy a hablar de la academia de la corrupción
y la maestría o el doctorado
de las manos sucias.
Y también de las células pensantes
y su metamorfosis en microbios
que abrevan en su charco respectivo
de veneno.

El ansia de ser cúspide
y codearse con los lados accesibles
de lo infinito,
se vuelve indomeñable,
droga que en el cerebro de su víctima
hace su mejor plantación
de amapolas .

En veces hasta luce el poderoso

ademanes de Dios,
aunque tenga de pronto
que morderse las uñas
de su cetro.

O llenar de almohadones
el trono inconfortable.

Dadme un hombre capaz
de renunciar al poder
para ponerlo en el centro de mi corazón,
para volverlo el héroe legendario
que hizo de la excepción
la vergüenza de la regla.

OBSERVACIÓN

A Gabriel Vargas Lozano

En mis viejos tratados de filosofía
aprendí,
ha tiempo,
que no se deben confundir
los distintos y los contrarios.
La luna y el perro son distintos.
El día y la noche, contrarios.
Un seno y el otro, distintos.
La poesía y el orden existente,
contrarios.

LA PUERTA

Tu queja,
tu movimiento perpetuo,
tu chirrido que es la voz
del primer fantasma de la casa,
se vive tarareando todo el día
—como los párpados—
dónde se halla el **adentro**
y dónde está el **afuera**.
Dónde se esconden el individuo,
sus lentes,
sus pantuflas
o la cometa que echa a volar en toda la recámara,
y dónde está lo externo,
la época,
el mitin en el hemiciclo del coraje,
el vendedor al menudeo de noticias,
la cita con la gota de rocío
(y su charco de puntualidad a medio pétalo),
o el vendaval que llega pastoreando
su majada de sílabas
feroces.

Tu voz es la voz de una frontera.
La chispa que dos límites
producen
al rozarse.

Acá –dice– se oculta lo privado,
el hablar solo,
el rasguñar las paredes,
el llorar con impudor salvaje;
allá, el comedimiento,
el saludo prendido de alfileres,
el aullido que emite el cuerpo humano
cuando se le fracturan
las entrañas,
la Torre de Babel
y su diálogo de sordos
con el cielo.

En complicidad con la cerradura,
te entusiasmas en decir prisiones,
en agusanar odiseas,
en impedir el paso
al que sufre delirio
de aire fresco,
en embarnecer grilletes,
o en permitir que la soledad
pase la yema de su dedo
sobre la carne viva.
Pero también,
en alianza con la llave,
levantas prohibiciones,
le lees al marasmo su cartilla de oxígeno,
le quitas aranceles a la atmósfera,

te arrojas a los pies del presidiario
pidiéndole perdón con un indulto,
dejas que al fin la sombra
—el hombre embadurnado de penumbras—
corra al espacio abierto,
con su cuadriga de puntos cardinales,
a comulgar con hostias de intemperie.

Todo depende entonces de tus estados de ánimo,
tus anuencias de cedro,
tu voluntad chirriante.
Se diría que tienes en tus goznes
la urdimbre que el destino está tejiendo
para volcar sus fauces en la mosca
de las horas contadas.

Por ti, desde la calle,
desde el asombro vuelto zona erógena,
llega el primer amor,
con su álbum de suspiros y de ojeras,
sus pañuelos salados,
su corazón hincado de latidos
y comulgando trozos del nombre de la amada.
Y después, cuando el tacto
le gana la partida a los prejuicios
(con la carta marcada
por una de las huellas dactilares
del deseo),

llega el primer abrazo,
oloroso a manzanas y pezones,
con oídos que sufren todavía
timideces de cera
para escuchar el canto de las sábanas.

Por ti –cuando entreabierta, dejas
que entren y salgan los descuidos–,
quizás atravesase también el amor último,
el cuerpo que se va transfigurando
hasta volverse espalda,
desdén en polvorosa,
mujer que se hace ausencia
con un portazo tal
que deja retumbando,
temblorosos,
la sala, el comedor y la escalera,
la alcoba, el escritorio,
los testículos...

LOS OLVIDOS

¿Es un descanso el olvido?

¿Es olvido caminar?

*Es caminar empezar
a olvidarse del olvido?*

Emilio Prados

La evocación no respeta los sepulcros,
desoye la liturgia de lo efímero,
halla a flor de beso antiquísimas bocas,
clava con alfileres el chirrido
de las palabras huidizas,
da con el descubrimiento arqueológico de una caricia
polvorienta de tiempo,
hunde su interrogación
en una de las capas profundas de la psique,
embalsama suspiros,
recuerda.

La mente se desanda,
camina a contrapelo del gerundio,
reconstruye la carne desde el molde
de las huellas,
busca el olor a vida
en la carroña de la remembranza,
le tuerce el brazo a Cronos

para tender la mano a los cadáveres,
recuerda.

Limpia los ventanales de su nuca,
carga su fardo con jirones y jirones de lo ido
para quedar intacta,
sin perder siquiera
el juguete asombroso, terrible y delicado,
de la niñez,
desentume vivencias,
riega las partes verdes
de lo perdido,
recuerda.

Recuerda, recorre para atrás
la biografía, sus episodios,
los cumpleaños, con su atalaya
para atisbar la muerte, la eterna
obcecación de los aquíes
tatuados con ahora,
el tren que, indiferente,
con sus esbozos de cerebro al viento,
su aullido como herida en los espacios
y sus ruedas desbocadas,
va en lo suyo:
lanzándose al porvenir a toda máquina,
saboreando la meta,
corriendo tras el viento,

ganándole la partida a la llegada,
siendo sordo a las voces congelantes
de los frenos,
de las instrucciones,
de los arrepentimientos del maquinista,
y olfateando en sus proximidades
la estación terminal donde mis ímpetus
se hallarán descarrilados.

Recuerda, y al momento,
volviéndose, viviéndose
fe de erratas del destino,
rememora un firmamento de pájaros inmóviles,
con alas mentirosas;
un tiempo con futuros arrumbados
en los sótanos del presente;
rememora,
y ve cómo el espejo,
con su espía de azogue,
recupera, pujando, las imágenes
que le fueron escamoteadas por la amnesia;
pasa lista a un tropel de rostros,
adioses fracasados,
gritos,
promesas
que no dieron con el modo,
el instante
o el vientre embarazado

para pasar a ser.

Mas ahora, al correr de los días,
cuando he dilapidado
casi todo mi patrimonio sensorial,
cuando derramo llanto
con todo y pupilas,
y está a punto de caérseme
el mundo que retengo entre las manos temblorosas;
ahora, cuando doy en mesarme
mechones y mechones de tiempo
y me siento invadido por el allende
y las avanzadas de su ejército
—las hoquedades de la desmemoria—,
pregunto: Dios mío, ¿cuál era el nombre de aquella
[hembra
que me dejó debajo de la almohada
sus senos, sus caderas
y la carne amasada en lo sublime
de sus muslos?
No lo sé. Lo he olvidado.
Oh masacre de sílabas.
Peste que busca su lugar en mis palabras
para diezmar sus letras.
Mis olvidos,
mi almanaque de ruinas,
dejan a la materia gris
continuamente en blanco, desnutrida,

famélica de nombres,
frases, manos,
ocultos bajo el polvo de mi rastro.
Los olvidos arrojan tarascadas
a la carne interior de mi conciencia,
a mi jardín de nostalgias clandestinas,
al vetusto directorio de entusiasmos
donde se apolillan
mis ilusiones envejecidas
y mis dedos, que se ahogaban de tacto,
están a punto de desmoronarse.

Olvidos, ay, que me roban discretamente,
o a mano armada,
la sonrisa de una promesa,
el pelo huracanado de una aventura,
el decir del filósofo
—que durante días y más días
puso a correr aullidos de metafísica
por mis arterias—,
la palabra seductora con que supe
forzar la cerradura de una carne,
la juventud que en mangas de camisa
levantó un imposible
para que al fin un sueño se encontrara
al alcance de la mano.

Padeciendo poco a poco un holocausto

de experiencias, se diría
que hoy por hoy, como oficio, me dedico
a olvidarme de todo,
a desdecir vivencias,
a dar mi brazo a torcer,
a asaltarme a mí mismo en los lugares
más oscuros del alma.
Se diría.

¿Nada me queda ya?
Con lo poco, lo poquísimo que guardo,
con éstas que podríamos llamar
las pertenencias últimas,
o mi fortuna en el aquende,
he formado un museo
para uso personal
donde me paso horas y más horas
reconociendo olvidos (desempolvados
para ser recuerdos)
o contemplando los cuadros y las estatuas
que entablan con los ojos el lenguaje
del pasado.

¿Nada me queda ya?
¿En el despeñadero de cuál de mis latidos
voy a perderlo todo?
¿Cuándo vendrá la nada
con sus manos amantísimas
a cerrarme los ojos?

El momento culminante,
intransferible,
el hoyo de desagüe hacia el que corre
la colección entera de mis ímpetus,
irrumpirá, puntualidad en mano,
con gestos de destino,
cuando tenga ya el alma agujereada
por los desánimos incontables
de la memoria;
cuando el tiempo,
encogido al presente
(huérfano de premisas,
desheredado de conclusiones)
transforme sus fronteras en murallas,
sin un solo intersticio donde pueda
ejercitar sus vicios el espía;
cuando este ahora opaco,
ciego,
mudo,
se vuelva pordiosero
de todos sus tesoros extraviados,
cuando ya no me acuerde del olvido,
cuando, amnésico, olvide tercamente
de acordarme,
de salir a la ventana a ver pasar el viento
que sopla sin cesar desde el pasado,
o tan sólo repare en que ya todo,

todo,
todo
irremediablemente se me olvida
y pasa a la ultratumba del vacío,
cuando llegue, por último, la hora
de que sea de mí de quien me vea
obligado a olvidarme.

XOCHITL

A Martha Obregón Lavin

Hay una infinidad de fragancias posibles
en las flores que crecen en el Nuevo Mundo.
El olfato puede extasiarse aquí recorriendo
la mayor galería de perfumes
del globo terráqueo.
Cada flor nos abre con su olor
un aspecto diferente de la existencia
o un capítulo de la memoria
que hojean los pulmones...
No obstante, el **cempasúchitl** no tiene aroma.
Electriza su entorno.
Ayuda al sol en sus faenas.
Se pone a competir con los canarios.
Pero no tiene aroma.
Me corrijo: es una flor
que a nada huele
porque huele a nada.

TEOFAGIA

Pese a las sociedades protectoras de animales,
resulta la cosa más común del mundo
que una bestezuela hambrienta hincue el diente en otra
ubicada para su infortunio en un grado inferior
o más desangelado
en la evolución de las especies animales.

El gato sabe de esto
cuando trae entre sus patas
la bola de estambre de un ratón.
También el buitre
cuando arranca silencios ensangrentados
del árbol
o la zorra
cuando busca,
con el hocico emplumado,
donde dormir la siesta...

Pero generalmente
el hambre en el bestiario no es horizontal sino vertical:
un animal no satisface su apetito
con las entrañas, la sangre y el aire de familia
de su hermano,
sino con el hígado o los riñones
de la triste alimaña, menuda, que cabe en sus
[mandíbulas,

o también: ese virus
con hambre descomunal
que vive en los entresijos del hombre,
tampoco hinca sus colmillos
en la carnezuela sagrada de otros miembros
de su especie,
sino que, ante alguna de las vísceras
que le cierra el paso y le abre el apetito,
avanza, con el deseo chorreante de saliva,
después de dejar tras de sí
un campo de matanza
regado de anticuerpos.

Mas cuando adviene el hombre
su apetito es, a un tiempo, vertical y horizontal
y su estómago se diría crucificado
por la gula.

Baste recordar el canibalismo o la teofagia.
El primero, cuando los humanos no han logrado aún
darle la vuelta a la página
de su bestialidad y organizan banquetes
donde el plato fuerte
son brochetas ahumadas de animal racional
y donde los comensales
se levantan, casi, con el sabor de sí mismos en la boca.
La segunda, cuando aparece en el hombre
el ansia de zamparse puñados de cielo,

gusanos de ultratumba,
alones de ángel garapiñados de beatitud,
y, satisfaciendo su hambre desmedida,
enterarse del gusto que debe tener el infinito.

Entre las ceremonias dedicadas a **Huitzilopochtli**,
existía la de comerse una estatuilla
a la que se conocía con el nombre de **teocualo**
(**divinidad devorada**), dios que pasaba a ser digerido
por los delirios místicos
que luce todo aparato estomacal.
El **teocuaque (comedor de dios)**,
cerraba los ojos,
se introducía entre dientes un teocualo,
corría a acurrucarse en su paladar,
y meditaba en el sabor
que el más allá,
con su aderezo de saliva,
le dejaba,
irritándola,
en la lengua.

Ay el hombre.
Ay el hueco de metafísica que carga en el estómago.
Ay las ansias de comunión ascendente
con los seres que aletean su pureza
en algún lugar de lo absoluto.
Ay con los ayes y ayes que se escapan de los entresijos

de la criatura venida a menos cero.
Ay el ansia de tener a los pies
un basurero a donde arrojar nuestras múltiples
y consentidas imperfecciones.
Y ay con la eucaristía
por medio de la cual la criatura
deseando que la protección, el cuidado, la autoridad
formen parte de su flora y su fauna intestinales,
sueña con llevar a su padre en las entrañas.

UNA HUELLA

Para Alicita

Dícese que se dice
que en un lugar perdido de México,
en un puntito que se fue borrando
poco a poco del mapa,
hay una piedra especial,
única:
luce la huella imborrable de una mano.

Es algo así como la reliquia de un portento,
el vestigio de lo imposible,
el pedestal humilde de lo maravilloso.

La mano se halla estampada allí,
con sus dedos,
sus huellas digitales,
sus palmas
y los signos quirománticos
que despliegan la fórmula algebraica
de un destino.

Si la viéramos,
si fuésemos testigos del pedernal en que un día
sufrieron una extraña descompostura
las leyes naturales,

nos asombraría,
con la imagen en movimiento de una mano
que se apoyó un instante
en esta roca,
la añejísima huella
(dejada de la mano del tiempo,
olvidada de la ley que obliga a todo a marchitarse,
sustraída, en una palabra, al polvillo evanescente
de lo ido),
que, a lo que se dice,
es el antiguo relato de una fatiga,
el rastro del ademán de un numen,
o mejor,
un sacerdote trashumante
en trámites de trascendencia.

Se dice que se dice que **Quetzalcoatl**,
en su peregrinación de **Tollan** a **Tlapallan**,
y después de haber dejado
a la espalda de su última huella **Cuauhtitlán**,
sintió que el cansancio lo ganaba,
que el sudor le perlaba los estímulos,
y que, sentándose,
se abanicó el rostro en un compás de dos cuartos y en
crescendo
y colocó una mano en una piedra.
Me encantaría
(a mí, poeta que anda husmeando

lugares poco frecuentados del asombro
y que carga en el bolsillo una grabadora
para las estridencias de lo imprevisto),
organizar una galería de lascas, peñas y guijarros,
como homenaje a las dotes creadoras
de la naturaleza.

Me encantaría.

Ningún sitio mejor que México para montar
una exhibición así.

Habría piedras de todos tamaños, formas, colores,
peso y procedencia.

Piedras pacíficas, redondas,
sin ansias de volar a un descabro,
piedras encolerizadas, puntiagudas,
a un aleteo tan solo de mudarse
en aves de rapiña. Piedras preciosas
-jade, chalchihuites, obsidiana-
los **pilli** de la madre tierra,
las obras maestras que llevan
la invisible firma de una materia
como nunca inspirada.

También piedras humildes,
sin un solo gesto soberbio,
sin la menor chispita metálica en su entraña,
sin una sola arenilla fuera de lugar,
ni la menor relación con la historia,
la leyenda o el mito:

pedras sencillamente anónimas,
destinadas quizás a ser tan sólo
la ilusión y el sentido
de una sandalia muerta de aburrimiento
a mitad del camino.
Y por último,
en la vitrina del asombro,
y en la montura vítrea del milagro,
la piedra con la mano eternizada...
No podemos, sin embargo, organizar
tal galería. No podemos.
Carecemos del poder, de la audacia,
de la vida para hacerlo.
Ni tampoco podemos ser testigos
de una maravilla inscrita,
a perpetuidad, en tan modesto sitio,
porque, lástima, hallándose el guijarro
en uno de los tramos más fangosos de la historia,
de seguro fue pisado por las botas
del guerrero español
y enterrado para siempre
en las entrañas de la tierra.
Dícese que se dice.

MENDRUGO DE SOL

Los desencuentros eran rutinarios.

El pan amargo de cada día.

En una ocasión

con la carne viva torturada por la intemperie
no pude más.

Salí a buscarte.

Antes de que amaneciera

cuando el pico de los gallos aún se hallaba
rodeado de bruma

llegué al pie de tu departamento y me instalé bajo su
[ventana.

Tenía tanto pero tanto frío.

Me castañeteaban los dientes

y tiritaban todas

mis vivencias.

Al gélido ambiente habría que añadir

la corriente helada que provenía

de tu ventanal cerrado.

Las persianas empeñadas en su negativa

no dejaban entrar ni salir

el menor mendrugo de sol.

Se abrió de pronto la ventana.

Mi corazón dio un pequeño vuelco

y se mudó de sitio.

Tú sacaste la mano e hiciste un ademán

que ordenaba el mundo
y mi inmediato acercamiento.
Corrí hacia ti.
Salvé los escalones como si no existieran.
Volé hacia mi debilidad
con alas de Mercurio
en mi talón de Aquiles.
Di con tus brazos
y en posición fetal
entré al calor inmarcesible del regazo.
Todo el frío -el exterior y el interior-
fue sólo una remembranza sometida
a abrupto desmoronamiento
cuando viví la felicidad arropado
con tus senos.

EL BESO EN EL PARQUE

Mis primeras palabras amorosas fueron tan torpes
que mejor se hubieran quedado en casa.

Un beso que estrené en un parque
hizo el mismo efecto
que un roce de viento helado
y humedecido.

La primera vez que intenté acariciar a mi novia
la mano se sintió tan pesada
que se quedó en los andurriales de la indecisión
como si padeciese una eyaculación precoz
de tacto...

CRIMEN PERFECTO

Qué bueno que por sólo una vez me enamoré de una
[poetisa.

Nos llevamos bien en todo
-la cama, las aficiones, el odio por los niños-
pero no en un punto neurálgico:
nuestro perverso afán de pergeñar poemas.
Aquí nos hallábamos arrojados a una inmisericorde y
[furiosa competencia.

En los juegos florales de dos
donde sin cesar interveníamos
a veces ganaba uno a veces otro
pero siempre obtenía el primer lugar
la envidia -como ojerosa tristeza
por el bien ajeno.
Entregados a competencia feroz
vivíamos con el sueño de que la justicia coronara al
[más apto.

Ay de nosotros acabamos por ser
como Caín y Abel metidos a portaliras.
No podíamos tratar el mismo tema
-por ejemplo el lagrimear matutino de la flor
o el roncar genocida del caudillo-
porque dando periplos en una tierra movediza
nos acusábamos de plagiarios de salteadores
a mano armada por las plumas amenazantes

delincuentes líricos
o robachicos de haikús.
Después de una escena de mordiscos
patadas y arañazos
-en que ella sembró en mis brazos
una promisoriosa cosecha de cicatrices
y yo en las uñas logré quedarme
con todas sus pestañas-
llegamos a un convenio
firmado con nuestra propia sangre:
de plano nos dividimos el planeta.
Los temas de lo mineral y lo vegetal me correspondían
los de lo animal y lo humano a ella.
El agua y la tierra a mí.
El fuego y el aire a ella.
Y guay de las infracciones
el olvido de promesas
o pasarse el rojo de un semáforo.
Si ella pongamos un ejemplo
en vez de hacer un poema sobre el fuego
lo hacía rebelándose sobre el agua
yo me ofendía
decía que no había el menor culebreo de belleza
en su grotesco material
me enfriaba frente a su inspiración y su poesía
y le aplicaba durante horas
la ley del hielo.
Por fortuna y cuando menos lo esperaba

ella llegó a un tema permitido: su última respiración.
Además -el crimen perfecto implicó
un enterramiento perfecto-
la sepulté en mí mismo. Por eso ahora
que escribo a dos voces
en canon
y en lengua viperina
la reiterada presencia
de la paradoja en mis escritos me hace pensar
en que en mi interior continuó la lucha a las vencidas
con mi musa.

AFILABA SUS PALABRAS EN LAS PIEDRAS

Afilaba sus palabras en las piedras.
Saliva sagrada llevaba escondida en los intersticios
de sus letras;
patriarca del bien decir,
producía con su cítara
armónicos que guardaba después
en pequeñas cajas de música.
Dueño y señor de frases tan aéreas
que sentían las alas como lastre,
y de cuerdas bocales
que, como arcos, disparaban
las flechas de la elocuencia,
fue el iniciador,
el padre
o el partero –ese gestor de padres y de madres-
de la oratoria helénica.
Ya en Agrigento tenía un criadero de vocablos
y un invernadero de adjetivos.
Había descubierto que la palabra bien dicha,
sin las disonancias del tartamudeo,
era su propia paloma mensajera.
Tenía, quién lo duda, problemas con la retórica
y su andarse por las ramas
inventando frutos.

Rechazaba los epítetos que cuelgan en los sujetos
el inútil armatoste
del predicado redundante
o de la identidad menesterosa
con que lo obvio hace acto de presencia.
Prohibía en la oratoria el retruécano
que habla no sólo de los delirios de la lengua
sino de las lenguas del delirio.
Pero le gustaba la anáfora.
Le gustaba.
Le gustaba porque era el barandal
de donde se tomaban sus manos
cuando temblaba su cuerpo emocionado
al estallar la elocuencia.
Y no se diga las metáforas
que daban con los pájaros de oro
en los puntos más oscuros de las luciérnagas
o con la mirada concentrada y pura
en el lento parpadeo de las ostras.

Sus discípulos sicilianos Corax, Tisias
y, desde luego, Gorgias de Leontini
(el sofista que produjo
una de las mayores jaquecas
que ha sufrido la historia de la filosofía),

heredaron su palabra,
los rugidos de su sueño,

los ademanes hiperbólicos del que,
con temeridad metafísica,
pareciera rendir un informe puntual
de las maravillas de ultratumba.

CUANDO DOS AMANTES

Cuando dos amantes de verdad se introducen en el
[lecho,
se mete con ellos el verbo amar,
que es un verbo en infinitivo,
vale decir, un verbo que se aleja deliberadamente
de las conjugaciones
para evitar las posturas eróticas
que le hace tomar el tiempo.
El amor, así, no se convierte en pretérito
como un recuerdo prendido con alfileres
en la memoria,
ni mucho menos en pretérito perfecto
donde hay hasta un holocausto de huellas,
una transfusión de sangre del olvido al recuerdo
y una lápida rumiando un epitafio.
No se transmuta tampoco en aquella nigromancia
que en las entrañas del presente lee,
escudriña,
prevé,
el futuro nonato,
ni mucho menos en un apresuramiento
en que la voluntad se descarrila y da de bruces
en algún suburbio de lo indeseable
o en un porvenir contagiado
por el bien incurable
del descanso.

GEMELOS EN PIE DE GUERRA

Gemelos en pie de guerra,
la **Concordia** ve a la **Discordia**
como su podrida media naranja
o el odio de su vida.
Eros y Eris tienen la unidad
como su eterno campo de batalla
o el lugar de cita
para su permanente duelo
a muerte y resurrección.

El **Amor** sopla por un lado
y el agua se pone clara
para permitir que el cielo
sea bebido por la corza,
el antílope, el hurón.
Las estrellas se acurrucan en su mejor brillo.
Las semillas están a un tronco de volverse flores.
El semen, el álgebra de la Concordia,
el polen de los cuerpos florecidos,
sabe que ha dejado a sus espaldas un orgasmo.

El **Odio** sopla por otro lado
y hace que se vengan al suelo
parvadas de pájaros ahogados por sus trinos.
Separa lo ayuntado,

da hachazos de espacio para escindir las cosas,
hace que los cuerpos se dividan
entre el **aquí** y el **allá**
como el caballo muerto y las alas inservibles
del pegaso dividido por la ausencia
de imaginación.

Extirpa del corazón sus latidos
hasta dejarlo
como el charco de sangre
en que lavó sus manos
un asesino.

Hace del nacimiento el segundo inicial
de la sala de espera del momento
en que el individuo muera asfixiado
por el **no** que le llena la boca.

Eros y Tánatos se pelean las cosas,
los animales, los humanos,
se los arrebatan,
se dan tarascadas entre sí para hacerse de ellos.
No hay reconciliación, no puede haberla,
porque las larvas que aman la carroña
no gustan de hincar el diente en la multitud de

[pececillos eróticos

que nadan en el semen,
o porque el **Amor**,
con sus manos escultóricas dadoras de vida,
une las cosas

y desde ellas se pone a soñar en la eternidad...
¿Reconciliación? Nunca,
porque el **Amor** se erige en centinela
ángel custodio,
perro feroz
del más insignificante
estallido de deseo,
mientras el **Odio** no puede dejar de escuchar
y tararear con entusiasmo
el canto de sirena de la nada.

ROMÁNTICOS

A Rosa Otilia

Los poetas románticos que sobreviven
usan cuatro instrumentos:
un frasco de tinta
una pluma
una hoja de papel
y un pañuelo.

El uso del pañuelo es así:
lloran constantemente sobre él
(como desconsolada nube),
lo exprimen
hasta hacer un charco,
el cual meten en un pequeño frasco transparente,
luego mojan la pluma en el frasco de tinta
y se lanzan a su faena:
envolver lugares comunes
con papel celofán
o esperar que el plenilunio
se coloque en forma de corazón
a la mitad del cielo.

Sacan multitud de adjetivos
a pastar en la página.
Echan mano de la onomatopeya

para que sus gemidos
puedan escucharse.
Son patéticos.
Escriben con muchas admiraciones
como si quisieran ponerles centinelas
a su cursilería.
Dan lástima.
Pero cómo los envidio
cuando siento en mi pecho, palpitando,
la inmarcesible huella que dejó
cierto episodio,
y mis palabras se hallan arrumbadas
en el último rincón de un silencio
inteligente, superior
y frío.

PRECISIÓN

Para Maricela y Mario

El poeta ante la ventana
¿no estará más bien frente a un espejo,
un espejo que, como una abuela, derrocha todo el día
en bordar imágenes y entretejerlas
con espectros invisibles que circulan
por la sala?

Un poeta frente al espejo
puede tratar de sumergirse, de la mano de Alicia , en la
superficie acuosa y atrayente.
Puede meter los pies, las piernas y la audacia
en su propio delirio. Puede lanzarse a la busca, con su
[redada de ojos,
de inéditas dimensiones y nuevos puntos cardinales.
Puede comprar un minifundio
en el País de las Maravillas,
dedicarse a la inspección de la relojería
de los milagros y lanzar hacia el cosmos
la cometa oscilante de su numen.

Mas zambullirse en el espejo
-y salpicar de esbozos de fantasmas
y luciérnagas a los lectores-,
es dejar lo terreno
hablando solo,
en una lejanía que le pisa los talones

a la ausencia definitiva.

Lo que contempla el poeta,
lo que está entre sus hambrientas pupilas
y las diferentes posturas del viento,
es una ventana, no más que una ventana.

No es un muro
y su ejército de párpados blindados.

O una venda de manos en los ojos.

Es no más una ventana.

¿No escuchan lo que están sus cristales
murmurando? ¿No advierten cómo está la

[transparencia,
con su voz sin igual, recitando, de modo indescriptible,
el poema de lo cierto, lo exterior atestado de poesía?

¿No ven ahí el lugar
donde el pastor-de-miradas del ojo del poeta
las saca a pastar el ser
en los campos infinitos del afuera?

CÍRCULO DEL INFIERNO

Todo lo introducía bajo la almohada.
Su temor.
Las miradas ambiguas de Doña Margarita.
El juego de palabras
con el que se regodeaban
sus órganos internos.
Sus brazos convertidos en muñones.
Su coraje.
Su necesidad de.

Y se sumergía en el mullido pozo
con los ojos cerrados de tal manera
que al despertar había
errumbre en todas partes,
como si hubiera estallado de felicidad
la chimenea.

Al día siguiente
despreocupado
con la luz incrustada hasta sus huesos
erguía la cabeza,
sentía despeinadas las neuronas,
sacudía las sábanas
y todo el contenido de su sueño
se caía de la cama

con el mismo gesto
con que las cáscaras
se retiran, silenciosas,
para que las flores y los frutos
digan su parlamento.

Sus pies entonces
pisaban rechinidos,
canciones decimonónicas
y encontraban la esencia de la tarde
en un tema de hojas secas
con variaciones
de pájaros transidos de nostalgia,
gemidos de una herida callejera
y grillos que puntea el stacatto.

Pero otra vez venía la noche
y él tenía que dedicarse a colocar pacientemente
sus entrañas de nuevo
debajo de la almohada.

Y así, sin la misericordia del amén,
sin las caricias del sepulcro,
sin la mano de la muerte en los cabellos ,
por los libros de los libros.

ELEFANTE

Para Arturo Córdova Just

El elefante es, entre todos los animales de la jungla,
la criatura más digna, parsimoniosa y noble;
un primor de orejas grandes
y un proyecto de cola fina y circunspecta
a medio hacer.

Cuando el calor lo pastorea hacia la inquietud
desbocada del arroyo
-donde el agua construye sus jabones
efímeros de espuma-
arrastra toda su pesada majestad
a refrescar la epidermis arbórea de su cuerpo
y a satisfacer tanto la sed que le quema las entrañas
como la -no menos grande- de limpieza
que nunca lo abandona:

su trompa deja por un segundo
de medir el tiempo
y se encarga de diseñar los duchazos indispensables
a una piel que demanda ser lustrada
y brillar, con su arrugada pulcritud,
en los claros de la selva rodeados de miradas.

Mas si de repente lo invade el deseo
y siente que su sangre
se incendia en la caldera de la brama,
sufre un insólito cambio de talante,
le pone pies alados a su olfato,

sus ojillos, nerviosos, se sienten prisioneros
de sus órbitas,
busca desesperadamente a una elefanta
y se encarama, todo urgencias, a sus ansias
soltando el aleluya del jadeo.

Si nos fijamos bien (y no fingimos
que “aquí no pasa nada” al advertir
el punto escandaloso
que se instala, flameante, en plena jungla),
vemos que el paquidermo desvergüenza
una porción del cuerpo endurecida,
como vara de tronco que, en moviéndose,
desordena el universo.

¿Dónde quedó su porte majestuoso?
¿Dónde su dignidad
de palacio sagrado en movimiento?
El elefante se arroja sin escrúpulos
y rasgando los velos de la estética
castidad cotidiana,
al mundo de lo extraño, lo asombroso,
en las inmediaciones, sí,
de lo ridículo.

Ay el sexo, el sexo,
siempre trae consigo el viejo escándalo,
los dulces, persistentes, excitantes
desfiguros de la naturaleza.

CONSEJOS PARA NO IR AL INFIERNO

Hecho indiscutible;
los poetas envidiosos se van a ir
al infierno.

La tristeza por el poema ajeno
va a ser castigada con lujo
de crueldad.

Y ay del que,
a la hora del examen público de conciencia,
revele que en su fuero interno
soñaba con anular a su colega,
tenderle una celada a su respiración,
regar aceite en alguno de los peldaños
de su escalera
y quedarse con todos los portentos
de su pluma.

Su castigo será
-el trompeteo del juicio final
lo dirá con todas sus letras-
pedirle perdón a su víctima
por los siglos de los siglos.

Mejor, hermano mío, vuelve los ojos
a tus manos,
escudriña la línea de la vida,

pasa lista a tus huellas digitales,
arma el rompecabezas de tu musa.

POIESIS

Para Arturo González Cosío

Si a un hombre le extraemos
la saliva, que es el caldo de cultivo
de palabras y silencios;
el semen preñado de futuro
que pretende enmendarle la plana
a lo inmutable;
la sangre que se esconde de la intemperie
para no coagular su pasión;
y el llanto que,
cuando uno quiere desahogarse,
deja hecha un asco de ternura la cara,
lo transformamos en ángel,
entidad que no sabe de defectos,
criatura oriunda de alguna de las provincias
de la perfección.

Si, por contra, en una operación taumatúrgica
de alta tecnología,
a un ángel le injertamos el deseo,
la poesía de la excitación,
los primores de lo prohibido,
el hacerse agua la boca de la tentación,
si lo obligamos a defecar diariamente
su inconsistencia,
si no sabe, en fin, qué hacer con las lágrimas

que se agolpan al borde del descaro,
lo reconvertimos en hombre,
en individuo obligado a cumplir su destino
con un itinerario de pasos en falso
sobre una tierra movediza.

Si, aprendices de brujo,
con nuestra vara de mago,
hacemos a escondidas
-en las catacumbas de la clandestinidad-
del portento inigualable
de convertir lo imperfecto en perfecto
y su pobre viceversa,
no hay escapatoria:
irrupirá de pronto el Maestro,
le dará forma de látigo a su cólera
y, furioso, castigándonos,
despellejará de nuestras pobres manos para siempre
la destreza de hacer
los más simples y caseros
actos sobrenaturales.

ELECTROCARDIOGRAMA

Para Lupita y Rafael

A decir verdad,
yo estoy con el corazón a las patadas.
No lo respeto,
he dejado de tutearme con él
y secretearle mis confidencias.
No admito su protagonismo
y su deseo de salir en la foto
a como dé lugar.
Dizque identificado con el sentimiento
-amor, odio, nostalgia
y no sé cuántas lindezas de la misma estirpe-
el corazón es el perpetuo intruso
de la poesía.
Leed cualquier poema romántico,
escrito para ser leído
a las altas horas de la soledad,
y ahí está él, robando escena,
empleando el cetro de su tiranía
para masturbarse,
viendo al cerebro y a otras partes del organismo
con el típico desdén
con que la fama ve al anonimato.
Pero voy a contarles
que yo tuve, tierra adentro,

una niña muy novia que tenía
un corazón crecido
y el sentimiento enjuto.
Por eso la ecuación de igualdad
entre corazón y emociones
es uno de los engaños más repetidos
de la historia.

A decir verdad
el corazón no es sino una víscera,
una víscera que no tiene más prestigio
(en el muestrario de los órganos internos)
que los pulmones y el hígado.
Para olvidarnos de las idealizaciones
y simbolismos pedestres,
pensemos que si hay un transplante
de cualquiera de estos órganos
de un cuerpo que se despide de la vida
a otro que aún tiene amoríos con el destino,
se sustituye lo averiado,
lo enfermo de inutilidad
por lo eficiente.
Lo mismo ocurre con el corazón:
su transplante
no quiere decir que haya traspaso
de emociones,
una reencarnación de sentimientos,
un traslado de la biografía sentimental

de un cuerpo a otro,
sino simplemente un trocar lo que se atrofia,
-reloj sin compostura,
pedazo de carne que aventaja
en llegar a la muerte
a lo demás-,
por algo así como un nuevo motor
diligente, cargado de energía
y con los pies hambrientos de futuro.

Él no es el interlocutor de las musas.
Ni la bola de cristal de las corazonadas.
Ni el misterioso lugar de lanzamiento
de papalotes místicos.
Llamar, con una sinécdoque espolvoreada de azúcar,
“corazón” o, peor aún, “corazoncito”
a quien se ama,
equivale en realidad a llamarle
“riñoncito” o “higadito mío”
y dejar empalagada la boca
la saliva
o la pluma que escribe tamañas expresiones
más con un almíbar a todo volumen
que con tinta.
También es falso que el corazón sea
el blanco o el lugar predilecto
de flechas que emponzoña la ceguera
del dios niño. Nada de ello.

Dicho con verdad, él es sólo una víscera
encargada de administrar
el ábaco de segundos y minucias de segundos
que forman nuestra existencia.

A veces se halla en plena actividad,
engalanando gerundios,
dándole rienda suelta a los afanes,
amarrando a los pies
su encrucijada de puntos cardinales.

Pero a veces,
-mientras se halla el pulmón
tramitando sus últimos
jeroglíficos de oxígeno-
la víscera proclama que, aun hallándose
en regla el pasaporte
para ir al más allá, sólo le falta
la visa de su síncope
cardíaco.

CAPERUCITA

Para Bernardo González

La verdad es que la caperucita
no estaba aún madura
para tus insinuaciones,
lobo.

Aún se hallaba jugando a la muñeca
consigo misma;
aún su matriz, con pobre aleteo,
se moría de envidia por las cigüeñas.

Aún sus senos
eran pequeñas colinas
incapaces de producir todavía
el mal de montaña.

En realidad, cuando llegó a tu lado,
y puso ante tus dedos el abismo
de la tentación,
cargaba en la entrepierna
remilgos de virginidad.

IDENTIDAD

No dejes que mis años, mi ceguera
que avanza, mis arrugas o mi máscara
formada con pedazos
de mi semblante antiguo, te impresionen.
Aunque ciñan mis dedos ademanes
estrenados apenas
en el niño irrumpir de mi vejez,
aunque corra a romper mi acta de nacimiento
y escupa letra a letra mi nombre y apellido,
sigo siendo el de siempre.
Déjale a mi caricia libre tránsito.
Llévame a recorrer lo recorrido
y a saborear el vino del presente
en odres del pasado.
Sé la brújula tierna de mi guía.
No hagas que la palabra prohibición
monte guardia en ninguna de las partes
que conforman tu cuerpo.

Medita ¿no recuerdas, mujer, cuando
confundimos los puntos suspensivos
que vinieron un día hacia nosotros,
con el punto final irremediable
-dada la redundante afirmación
con que una y otra vez se presentaban?

Mi identidad se encuentra
en la sabiduría con que puede
mi tacto andar a ciegas en el mundo
y poner el manojito de huellas digitales
que cargo entre las manos,
nuevamente a tus pies, amiga mía.

LENTES

Para Adriana Tafoya y Andrés Cisneros

Gracias a estos anteojos
dejé de ser introvertido,
encerrado en el último rincón
de mi recelo.

Gracias a ellos escuché los cantos de sirena
del afuera, los fuegos de artificio
que ensayan un fugaz
derrumbe general del universo.

Debido a sus virtudes,
supe de los peces que endulzan
las aguas saladas,
de las aves que acercan a sus vástagos hambrientos
que pían en los nidos
sus picos embadurnados de estrellas
y de los turgentes senos
-que asoman su pudor por el corpiño-
de la vecina de arriba.

Gracias a ellos, el infinito
se ve ligeramente amenazado.

APUNTES PARA LA BIOGRAFÍA DE MI MUSA O MI HUMILDE APPORTACIÓN AL BICENTENARIO

Para Luis Hernández Navarro

Fue un amor repentino
o, si se prefiere, a primer poema.
Al advertir en el renglón de sus labios
la insinuación de mi primer intento de tener
aventuras con la poesía,
sentí que había dado por fin con el ángel custodio
de mis decires.

No es una musa dispuesta a dar consejos
a cualquier individuo que siente el nudo en la garganta
de su afán de cantar.

Es una musa que ha hecho un pacto de sangre con su
[poeta

y que, fusionando su boca con mi oído,
me dicta confidencias.

La infidelidad no está en su decálogo.

Sus intimidades me están reservadas
desde la efímera luna de miel
de nuestro amor a primera vista.

Es más mía –para decirlo pronto– que la palabra

con que lo digo.

Mi musa, de repente, me insinúa:
oye, fíjate en esa muchacha
que se baña desnuda en el riachuelo
y encomienda a la espuma del jabón
las postreras faenas del recato.
No dejes de mirarla. Busca un lápiz
con elocuencias de plomo
pero también que vaya acompañado
de un borrador que cargue siempre
la valentía de desdecirse.

También me indica: espérate. No va por ahí.
Deja de tararear el canto de sirena
de tus propios prejuicios.
La retórica es un callejón sin salida y demasiada
[entrada.

Los juegos artificiales, aun siendo de palabras,
sólo entusiasman a quienes viven
la fase cavernícola de la fantasía.

Todo lo comparte conmigo.
¿Ahora ese adjetivo? –se molesta.
¿Te gusta la redundancia,
colgar del cuello de un sustantivo
el rumor fracasado del silencio
o esa radiografía de la mediocridad

que es el lugar común?

Otras veces: has escrito en demasía
sobre eso. Te engolosinas
cuando tu pluma no halla obstáculos,
dudas que amarran el apremio,
o piedras enemigas de tu paso,
en una palabra,
cuando se siente como pez en el agua
de la tinta.

En ocasiones se me vuelve muy tierna,
me toma de la manga
y me lleva a descubrir metáforas
por todas partes:
a orillas del mar,
debajo de las piedras,
en el aullido callejero
de las doce de la noche
o en el ropero de la tercera edad
que se queja, rechinando,
de no sé qué dolencia.

Pero a veces monta en furia
y me dice con gritos destemplados y cabrones:
Pero ¿qué está haciendo, pinche Enrique?
¿Estás buscando los escondrijos de lo inefable,
el sublime manojito de vocablos

que en su conversación usan los ángeles,
como si el poeta fuese un catador
de perfecciones?

¿Qué haces
cuando tu patria, deshilachada y doliente,
crucificada en sí misma,
clama por sus poetas;
cuando los medios,
secuestrados por la parte más negra de la noche,
arrojan por horas y más horas carretadas de basura
hacia la gente?

¿Dónde te encuentras tú
cuando el poder “celebra”
el doble centenario de la patria
-y manipula, y distrae, y echa tierra a los ojos,
y hace, en fin, de la intrépida y gloriosa
lucha de siglos,
un carnaval de momias y montajes de circo,
donde la cursilería
lleva la voz cantante
hasta acabar de ser la cruda laringitis
del micrófono?

¡A tu puesto, cabrón! Y me empuja
hacia la hoja en blanco.
Y aquí estoy, ante este mundo
donde todo es posible,
y en que se halla la página a la espera

de cambiar virginidad
por embarazo.

Ella me incita entonces:
ve tras la frase justa,
que tenga en la emoción

la buena puntería
para dar con el hambre de belleza
que todo mundo carga a media frente,
sin sospecharlo a veces, cual el niño
que llora y no ha nacido todavía.

Haz que tu canto sea
como el árbol que al crecer
del suelo hasta sus pájaros,
está diciendo, tierra y libertad,
como el puño
insurrecto
de Emiliano.

Y mi musa me arenga:
la independencia y la revolución
sólo fueron pasos débiles
hacia la tierra prometida por el delirio
levantado en armas.

Ahora hay que continuar,
no hacerle concesiones a los pies
que, parados en seco,
generan raíces sedentarias y sin vida.

UNA DE TANTAS

Subió los escalones del edificio.

Y al llegar a la última ventana
subió las piernas, cerró los ojos
y se arrojó.

Nadie sabe el infinito número
de pensamientos que pasó por su cerebro
en los segundos que transcurrió ese salto
del ser a la nada.

Ningún milagro fue capaz de detener
la inexorable ley de gravedad.

En el charco de sangre
que rodeaba su cuerpo
flotaban aún las silenciosas peticiones de socorro
que no lograron salir de su garganta.

Se llamaba Soledad, dijo el policía.

ENRIQUE GONZÁLEZ ROJO

Federico Patán

Se me antoja iniciar este breve ensayo sobre González Rojo parafraseando a García Lorca. El romance diría entonces: "Enrique González Rojo,/ hijo y nieto de poetas,/ con fino dardo en la pluma/ va en los libros a la guerra". Porque en efecto, Enrique nace y crece en un medio gobernado por la poesía; siempre la sintió rodeándolo y en algún momento supo, tal vez desde muy temprano, cuán obligado estaba a obedecerla. Hay llamados ineludibles, surgidos quizá de la herencia genética, o del entorno espiritual, o de una vocación moldeada por la voluntad. Caso más creíble, pudiéramos mezclar los tres elementos y hallar en el resultado la razón verdadera.

Sabemos que en algún rincón no demasiado oculto de Enrique vive un músico frustrado, al que se permiten salidas a la superficie, para que tenga la impresión de que se lo deja respirar. Es de suponer que este ser de nostalgias buscó la supervivencia en el gusto por escuchar discos, asistir a conciertos, heredar su afición a una cuarta generación de González hoy floreciente y, mucho sospechamos, entrar en la poesía de Enrique y sentirse creador vicariamente. Esa presencia tiene, quiero suponer, distintas facetas. Una primera y obvia, la mención de ciertos músicos —Debussy, Haydn, Mozart, Respighi— en varios poemas, ejemplos de lo cual encontramos en *El quintuple balar de mis sentidos*, libro de 1976, en cuyo título aparece una constante de esta poesía: el placer de la sensación, el deleite en la sensualidad, el respeto por el cuerpo como único vehículo de nuestras posibilidades

de existencia, sean físicas o del espíritu. Mas hablaba de música. Una segunda faceta, por menos palpable de mayor importancia, surge en la estructura no sólo de cada poema, sino de cada sección, de cada libro y del ciclo de obras ya escrito por Enrique. Si toda composición musical es, aparte de otras consideraciones, una búsqueda de orden mediante la cual el mensaje halla su estructura ineludible y necesaria en el desarrollo equilibrado de los elementos arquitectónicos — Bach y Ravel bastante dicen al respecto—, Enrique opta por el mismo sistema en sus escritos.

En efecto, un rasgo distintivo de Enrique como poeta es el cuidado extremo que pone en el ensamble de sus piezas. Tomo una a modo de ejemplo: el monólogo "De Don Juan". Tres secciones claramente delimitadas explicitan la estructura del texto: en la inicial Don Juan hace memoria de sus ayeres amorosos, y a la nostalgia de lo perdido se une el recuerdo del juego erótico, de la rotunda fuerza del impulso sexual, ya imposible para este personaje que intuyo anciano. En la parte media Don Juan enumera las interpretaciones doctas hechas de su caso, y se habla de narcisismo, de homosexualidad, de edipismo; una corriente subterránea de ironía socava tales explicaciones, esa ironía feroz y lúcida que con tanta precisión maneja Enrique en sus textos. En la tercera parte Don Juan confiesa su soledad atroz, castigo verdadero a su pasado, y un punto final que multiplica al infinito el vacío de aquella soledad: "... se vendrá hacia mí la nada a saludarme". Entonces, queda claro el cuidado que se pone en levantar una edificación en la cual el montaje de los distintos cuerpos o niveles dé significado a la totalidad.

Ese cuidado también aparece, lo dije ya, en las secciones de poemas. Si vuelvo a Don Juan, veo que pertenece a un

conjunto de seis textos llamado "Los monólogos". Examinado el grupo, noto de inmediato que las composiciones forman tres pares, con una voz masculina y otra femenina cada pareja: los monógamos, los adúlteros y los polígamos. En otras palabras, el examen de la situación amorosa va del caso mayoritario al menos frecuente, y de todos plantea sus nada fáciles problemas. La sección, podemos asegurarlo, encaja perfectamente en la estructura general del libro que la cobija. El libro, claro, se une a otros para conformar un panorama amplio de la aventura humana. Pero un panorama visto desde la muy particular perspectiva de Enrique. Adelantemos que el plano arquitectónico trazado por el autor con tanto empeño es en gran medida una de las esencias íntimas de esta propuesta poética, uno de sus significados más importantes. Enrique llama a su intento de exploración *Para deletrear el infinito*. Antes de pasar al estudio de sus elementos constitutivos, voy al origen, pues allí es donde bastantes cosas se explican.

Un poeta es su circunstancia, pero infiltrada por la voluntad de cambio. González Rojo conoce y ama la obra de su padre y la de su abuelo, amor y conocimiento que en sí planteaban el problema de la independencia artística, única en asegurarle a Enrique la posibilidad de ser él mismo y, en consecuencia, de alcanzar el futuro. Enrique es su circunstancia, y ello significa condiciones que en sí influyen en las concepciones poéticas. Enrique González Martínez nace en 1871 y pertenece al modernismo; González Rojo es de 1899 y su poesía señala una modificación clara de lo escrito por la generación anterior, pues mediante la inteligencia busca una expresión "intelectualista y purista", que desemboque en "la nitidez de la imagen", según lo

expresa Salvador Elizondo en el prólogo al libro *Tres Enriques*. De 1928, Enrique está formado en un México que se siente poderoso en su despegue económico, que parece tranquilo en su estabilidad social y que mira al mañana con bastante calma. Situamos a Enrique en lo que otro Enrique (Krauze) llama "los poetas del medio siglo", grupo en el cual lo acompañan, entre otros, Rosario Castellanos (1925-1974), Eduardo Lizalde (1929), Marco Antonio Montes de Oca (1932), Rubén Bonifaz Nuño (1923) y Tomás Segovia (1927).

Lizalde y Montes de Oca, junto con Rosa María Phillips y Arturo González Cosío, forman con Enrique un movimiento abortado, que tuvo por nombre el de "Poeticismo", y cuya fecha de nacimiento es 1952. Enrique ha dicho que buscaban oponerse a la institucionalización de la poesía. Si ponemos los ojos en ese México supuestamente firme de los cincuenta, la imagen de complacencia obtenida explica bien la posición adoptada por los poeticistas: sacudir de su modorra al medio ambiente. ¿No propuso lo mismo, por otros medios literarios, la generación de los nacidos entre 1935 y 1950, cuya obra comienza a surgir en los sesenta?

Volvamos aquí a lo que he llamado la circunstancia. Enrique nace en un medio regido por la poesía, a una poesía significada por la inteligencia, por el rechazo del adorno excesivo, de la imagen convencionalmente poética, del lirismo de vocabulario un tanto hueco; es niño en una época de importantes cambios sociales, desembocada en la calma de los cuarenta; se forma como adolescente en esa calma e inicia su producción en 1947, con *Luz y silencio*. Pero a la circunstancia agrego ahora la voluntad. Tras examinar el mundo que lo rodea, Enrique decide estremecerlo un poco mediante una poesía donde la satisfacción pequeño burguesa

no tenga cabida. Con tal afirmación busco decir lo siguiente: para la conciencia de la clase media la poesía es una actividad marginal, llevada a cabo por un conjunto de seres marginales a quienes se tolera mientras no den lata, o no demasiada lata. Incluso se inventan premios para hacerles creer que se les estima, aunque no se les lea. Entonces ¿por qué no intentar ponerle una carga explosiva a tal concepto, mandarlo en fragmentos por el aire e impedir que la gente cierre los ojos ante la poesía? El enemigo era poderosísimo en número y el intento quedó en intento.

Pero no sin ganancias, aunque éstas fueran sólo para los componentes del "poeticismo" e, indirectamente, para un cierto modo de ver la poesía. Enrique conserva las señales, o si se quiere las cicatrices, de aquel origen. Porque su escritura fue y sigue siendo de ataque feroz contra la indiferencia hacia el ser humano desprotegido, de exploración rabiosa de la fragilidad del hombre, de análisis despiadado de las respuestas que ese hombre inventa ante los grandes misterios y, en el fondo, de ternura expresada en ira, inconformidad y en ironía. El instrumento que Enrique ha ido puliendo libro a libro participa asimismo de la circunstancia y de la voluntad. La primera consiste en que su padre, en que su abuelo le demostraron cómo la poesía no sólo acepta, sino que necesita una buena dosis de inteligencia y lucidez, expresadas en versos aligerados de retórica excesiva y, en el caso de Enrique, atemperados en su desesperación y en su amargura por un sentido del buen humor y de la burla constantes. En cuanto a la voluntad, aparece no sólo en la aceptación de una herencia poética —en la que pesa mucho la comprensión del entorno y la solidaridad—, sino en la fabricación del medio expresivo. Haciendo breve resumen de esto, digo que esa

búsqueda intenta la racionalización de las técnicas para crear imágenes poéticas.

Me detengo aquí un momento. Hablé de cómo Enrique cuida la estructura de poemas, grupos de poemas, libros y, a últimas fechas, el ciclo total de su obra. Hay en ello un intento claro de ordenar el universo. Cuando vemos entonces el cuidado puesto en deducir las leyes que rigen la creación poética, ambos empeños se unen y explican lo deducido por el autor: si el hombre es un ser frágil, sujeto a los vaivenes del entorno y en lucha contra los grandes misterios de la vida, necesita el apoyo de un sistema ideológico que estructure la visión del mundo, haciéndola comprensible o por lo menos lo más lógica posible. Así, la concepción formal que Enrique ha ido dándole a su poesía es parte fundamental de la expresión ideológica. Podemos hablar de un binomio indisoluble compuesto por la incertidumbre del existir y la seguridad del medio hallado para describirla y, con ello, neutralizarla a través del conocimiento.

Aclaremos que lo anterior no significa rigidez. Ciertamente que en la parte formal Enrique prefiere poemas en verso libre, generalmente extensos, creados a partir de un concepto central apoyado en el entrelazamiento de figuras poéticas referidas a un mismo campo de significado. Vemos esto en "Confidencias de un árbol" o "En el mercado", por mencionar dos ejemplos. Mas Enrique infiltra en la solidez estructural el concepto de cambio, sin el cual no hay avance posible. En tal sentido, rechaza ferozmente el dogma, símbolo aplastante de la inmovilidad y la intransigencia. Una vez más, la doble sustentación aparece, ahora en otro sentido: a la precisión formal del universo escrito corresponde la movilidad del hombre, ser en constante modificación. Quizá por ello Ulises

significa para Enrique un aspecto esencial de nuestra naturaleza. Sin duda por ello la eternidad de la materia es una sucesión de momentos individuales, representados por todo hombre que ha vivido, hombre que es "una etapa consciente, angustiada y vigilante". O si lo queremos visto de otra manera, el impulso fáustico del hombre se transmite de personaje a personaje, y entonces Orfeo es Hércules, que es Ulises, que es Fausto, que es Don Quijote, que es etc. Parafraseando a Enrique, diré que el infinito perteneciente al impulso creador incluye los muchos finitos de los seres obsesionados por la búsqueda de las respuestas al enigma central: el propio ser humano.

Porque la poesía de Enrique tiene un protagonista único: el hombre cotidiano, de cuyo número inmenso, por una regla de sobra conocida, surge con bastante frecuencia un espíritu sobresaliente. Es decir, todos participamos en la creación de esas excepciones y éstas nos representan a todos. De aquí la acertada unión de Ulises con nuestro mundo moderno de agobiantes cuanto minúsculas experiencias urbanas. Ese hombre cotidiano vive exasperado por su condición, y a través de voces como la de Enrique hace conocer su protesta. He aquí el mismo fenómeno de nuevo. No hay duda de que la obra de Enrique es autobiográfica, y una cita lo prueba sin titubeos: "Acabo de editar un nuevo libro/ que se encuentra empastado por dos trozos/ de mi alma". Pero en la voz individual hallan presencia las voces anónimas, tal como, si vamos a la experiencia del amor, en una mujer se encuentra la suma de las mujeres y viceversa o, en cita tomada de Enrique: "Mas todas son Beatriz, en todas se halla/ la piel endecasílabo/ de la amada de Dante".

En razón de esta simbiosis entre lo individual y lo colectivo,

escribir poesía es hablarse a nombre de todos. Y "hablarse" es lo que quiero decir. Una lectura del poema "Las cartas en la mesa" lo testimonia en abundancia, pues quienes vayan a esos versos, hallarán los huesos calcinados y carcomidos/ enlamados y polvorientos,/ de un recóndito *tú*". La poética de Enrique aparece, en ocasiones suficientes, dispersa en las abundantes obras que lleva escritas. Aparte de la cita arriba anotada, otra ayudará a terminar de comprender la intención fundamental de la poesía que vengo comentando: "Se requiere también un poeta de la guarda/ que sea cronista/ de la historia verdadera de las cosas sin historia", donde no dejan de encontrarse ecos de la "infrahistoria" promovida por Unamuno. Ulises como ser cotidiano es resumen certero de tal imagen poética esencial.

Ahora bien, ¿quién es dicho hombrecito de la aventura diaria en calles pasmosamente grises? Siempre he creído acertadísima una descripción hecha por Enrique: somos "un ente con los ojos llenos de metafísica y legañas", pues la doble condición de nuestro acontecer queda allí plasmada de manera inmejorable. Sancho y Quijote por igual, el hombre va cumpliendo una marcha llena de desprendimientos y adquisiciones, que en algún momento futuro lo dejará más cerca de la metafísica que de las legañas, aunque sin jamás renunciar del todo a éstas, simplemente porque *le* es imposible dada su condición corporal. Ocurre, y es claro de aceptar, que vamos en busca de comprendernos, y la etapa inicial consiste en renunciar "al dolor de las bestias/ para empezar a padecer como hombres". A partir de allí, el padecimiento estará en un ir adquiriendo conciencia de nuestra soledad en el universo. Tal vez segunda etapa, nos aceptamos mortales, pues sufrimos lo que con gran certeza Enrique llama "una embolia de

tiempo". En "El camino y el viandante" encontramos una de las expresiones adoptadas por esta meditación acerca de la temporalidad humana. Si volvemos a Ulises, vemos que "el camino es infinito/ Y él tiene los kilómetros contados". Pero una vez más, el encadenamiento de los espacios vividos por los individuos da una solución al problema, pues crean una variante de esa eternidad que tanto busca el hombre.

Hablé de soledad en el universo. Quise expresar con ello la necesidad de eliminar a Dios como respuesta a los enigmas que significamos. Es una de las renunciaciones más dolorosas, pero también imprescindibles para crecer. Por ello en "Antesala" se instala "al deicidio/ como una más entre las bellas artes". El hombre entabla querrela contra Dios y termina aceptando la inexistencia de la divinidad y del azar, creándole entonces a esa entidad extrahumana su propia soledad. Vemos entonces que en el hombre se establece la voluntad de ser a imagen propia: de barro, de tiempo, de angustias y de aceptación final de esas limitaciones, Única respuesta dignificante.

Así las cosas, volvemos a la comunidad, albergue natural del hombre. Y en la comunidad, la escabrosa relación con la pareja elegida es otra posibilidad de diálogo. En la poesía de Enrique, y era justo suponerlo, el amor aspira a lo espiritual partiendo de lo físico, en una versión nueva de la metafísica y las legañas. El acercamiento entre hombre y mujer está lleno de exigencias y egoísmos de dimensiones variadas, que llenan de tropiezos el desarrollo de la unión. Mas sólo en ésta hay posibilidad de complementación y felicidad. Tal contradicción aparece descrita en poemas como "A Orfeo se le acabó un día el tiempo" y "En un hotel"; en este último una pareja transitoria encarna por un momento a todas las parejas de amantes famosas que en el mundo han sido, con lo cual volvemos a una

de las líneas temáticas más importantes en la poesía de Enrique.

Como hemos ido viendo, esta poesía, de corte lírico en un sentido amplio, fundamenta su modo de ser en la filosofía, entendiéndose por tal una indagación en la naturaleza humana. Vimos parcialmente cuál era la expresión formal del universo propuesto por Enrique: en gran medida, poemas extensos sin rima; se diría una especie de silva o de oda muy suelta en la rigidez de sus elementos y siempre polirrítmica en los versos sucesivos. No significa esto ausencia de otras formas poéticas: silva clásica, composiciones endecasílabas, poemas breves, epigramas. En todas ellas aparecen elementos que las significan como creaciones de la misma pluma. Por ejemplo, la inserción continua de apuntes culturales, ecos que con su presencia dan una dimensión más al texto. Pueden consistir en nombres de personajes, en sí representación de una faceta humana, y varios quedaron mencionados a lo largo del ensayo: Orfeo, símbolo del poeta por excelencia; Ulises y su largo exilio, etc.; pero también están Prometeo, Dante, Don Juan, Quetzalcóatl, Virgilio.

En otro orden de cosas, una cita o mención ocasional lleva a otros escritores cuyo nombre matiza el sentir de los versos que los incluyen: Aleixandre, Cernuda, Lope de Vega, Pound, Rilke, Vallejo, o esas manos "blancas y finas" eco de Díaz Mirón y ese "rayo que no cesa" venido de Miguel Hernández. Todo esto aleja la poesía de Enrique de una lectura sencilla, comprensible a un primer golpe de vista. Sin embargo, neutraliza la dificultad el lenguaje utilizado. Porque Enrique escribe una poesía que a falta de mejor término llamo narrativa: en los poemas hay anécdota, compuesta de una serie de sucesos menores cuya suma da el sentido general de la

composición. Aunque los incidentes pertenezcan al mundo cotidiano, su significado los coloca en el ámbito de lo espiritual, y puedo asegurar que la obra de Enrique es una autobiografía del pensamiento, entregada por medio de los materiales concretos de la vida diaria. Véase si no "El poeta", donde los muebles funcionan como expresión de quien los utiliza, dándose una simbiosis de tal grado, que hay "un piano compasivo que me toca los dedos".

Esto señala de nuevo la relación metafísica-legañas en que he insistido. Enrique sabe que hemos dejado atrás los grandes héroes del pasado. Ahora, Ulises es un humilde ser cotidiano perdido en el laberinto de la urbe, los amantes van a un hotel de paso y el escritor recibe sus poemas mediante el teléfono. Enrique nos ha tomado por protagonistas de su odisea. De hecho, tal ha venido haciendo la literatura desde, mínimamente, el siglo XIX. Porque somos personajes circunstanciales del mundo, y a través de un quehacer pequeño pero voluntarioso creamos los grandes cambios, al hacer suma de nuestros empeños variados.

Sucede entonces que, para mejor interpretarnos, Enrique viene a nuestro lenguaje y lo pone en su poesía. No encontraremos en ella desusadas palabras de diccionario, sino aquellas del intercambio general. Tampoco la sintaxis se dispara a ordenamientos enrarecidos; refleja, más bien, la perteneciente a todos, pues todos nos sabemos capaces de decir "cuando vuelvo los ojos a la pluma", "nadie fue testigo de la proeza", "tender el toldo al sol" o "tenía razón el viejo Epicuro". Allí nos encontramos cómodos. Ahora bien, no hay poesía sin trucos en la expresión, y Enrique adaptó algunos para la suya. Enumero los ya mencionados: estructurar el poema siguiendo el desarrollo de una anécdota;

entrega mediante la misma de una serie de imágenes encadenadas, pertenecientes a un mismo campo semántico; utilización de un lenguaje próximo al cotidiano. A esto agrego otros elementos. Uno, que el juego poético se da en la totalidad del poema; digamos, la voluntad de ejercer la voluntad en "Las confidencias del árbol", descritas en las etapas de adquisición de conciencia, traducibles entonces a la condición humana. Dos, el magnífico aprovechamiento de los lugares comunes. Un cambio sencillo les da una dimensión de mayor profundidad, con lo cual lo conocido permite el paso a lo nuevo sin el tropiezo de expresiones oscuras. He aquí ejemplos de esto: "a darle el santo y seña de mi lecho", "era el talón de Aquiles de los cielos", "que El es el principio de nunca acabar" y muchísimos otros. Tenemos el empleo de ciertas paradojas, como Hércules "midiendo sus fuerzas/ con el dios inconmensurable del Olimpo". Y siempre el buen humor, la broma, la ironía, el sarcasmo enmascarando la angustia, la desesperación, el desasosiego, la ternura.

Es decir, nos encontramos ante una poesía cuya forma expresa la posición ideológica de quien escribe. Esto ocurre en toda obra, pero hay aquí una voluntad clara de así hacerlo. Sé que no todos gustan de lo escrito por Enrique, unos por razones estéticas y, otros, porque el autor no les place. Estos últimos perdieron la guerra nada más iniciarla en ese terreno, pues al futuro le tiene sin cuidado las opiniones en torno de un poeta, y sólo presta oído a las ofrecidas respecto a su obra. Creo que Enrique ha labrado un estilo muy personal de hacer poemas, en el cual una materia prima gris e insabora adquiere el brillo y el gusto de lo trascendente. Allí está la clave: somos una cotidianidad angustiada y pequeña que, en la expresión de esa pequeñez y esa angustia alcanza la

distinción de ser lo único en verdad importante. Catástrofes van y catástrofes vienen pero, en palabras de Enrique, "nuestro hombre/ logró salvar del diluvio la dialéctica".*

* Federico Patán, *El espejo y la nada*, Dirección de literatura, UNAM, México, 1998, pp. 21-31.

INDICE

De *PARA DELETREAR EL INFINITO* (1972-1990)

VIDA Y OBRA DEL ESPACIO.....	2
ACTA DE NACIMIENTO.....	4
A MI HIJO MENOR.....	7
PRONÓSTICO.....	13
INVASORES.....	14
OPTIMISMO.....	18
EPITALAMIO.....	19
EN LA MIRA.....	20
OBSERVACIÓN.....	22

De *DE MIS DOMINIOS* (1998)

LA PUERTA.....	23
----------------	----

De *EL JUNCO Y OTROS POEMAS* (1998)

LOS OLVIDOS.....	27
------------------	----

De *MEMORALIA DEL SOL* (2002)

XOCHITL.....	35
TEOFAGIA.....	36

UNA HUELLA.....40

De *VENUS EN EL LABERINTO* (2005)

MENDRUGO DE SOL.....44

EL BESO EN EL PARQUE.....46

CRIMEN PERFECTO.....47

De *EMPÉDOCLES* (2006)

AFILABA SUS PALABRAS EN
LAS PIEDRAS.....50

CUANDO DOS AMANTES.....53

GEMELOS EN PIE DE GUERRA.....54

De *POETA EN LA VENTANA* (2007)

ROMÁNTICOS.....57

PRECISIÓN.....59

CÍRCULO DEL INFIERNO.....61

De *CURIOSIDADES Y DEFINICIONES* (2007)

ELEFANTE.....63

CONSEJOS PARA NO IR AL INFIERNO.....65

POIESIS.....67

ELECTROCARDIOGRAMA.....69

CAPERUCITA.....73

IDENTIDAD.....	74
LENSES.....	76

De *TRINCHERAS DEL ESPÍRITU* (2010)

APUNTES PARA LA BIOGRAFÍA DE MI MUSA O MI HUMILDE APPORTACIÓN AL BICENTENARIO.....	77
--	----

**De *LA COMETA Y SUS PUNTOS CARDINALES*
(2012)**

UNA DE TANTAS.....	83
--------------------	----

ENSAYO SOBRE EL POETA, DE FEDERICO PATÁN.....	84
--	-----------